

III. Tres tesis sobre la filosofía ⁹

Hemos creído conveniente presentar algunas reflexiones sobre el ser de la filosofía moderna en su naturaleza histórica y a partir de esa base, sobre las características más generales de la cultura actual de América Latina en relación a la posibilidad y presencia del pensamiento filosófico.

El propósito esencial es caracterizar los rasgos fundamentales de la filosofía a través de su historia, tomada a ésta a partir de la época moderna que se inaugura con Descartes. Asimismo, trata de señalar las limitaciones que existen para que un auténtico pensamiento filosófico se consolide en América Latina, de conformidad con las características más sobresalientes de la cultura latinoamericana frente al desarrollo de la ciencia, la técnica y la cultura de otros países y sociedades.

De previo conviene precisar dos asuntos: el primero, nuestras reflexiones se limitan a la filosofía moderna y dentro de ésta, a la parte a nuestro juicio más significativa en la formación de la nueva teoría del conocimiento. El segundo, consideramos a América Latina como

9 Alejandro Serrano Caldera. *Dialéctica y Enajenación*. Editorial Universitaria Centroamericana. EDUCA. San José, Costa Rica. 1979

unidad cultural, sustentada en la identidad de su raíz y de su destino histórico, pese a las diferencias cuantitativas que existen entre los países que la componen.

Por tal razón nos empeñaremos en el esfuerzo de aproximarnos a un concepto y definición histórica de la filosofía moderna y a algunas características culturales de tipo general propias de Latinoamérica. Procuraremos que tales características nos permitan, en forma también aproximativa, y habida cuenta de lo que entendemos por filosofía, señalar, la dificultad de su aparición, consolidación y desarrollo de la filosofía en América Latina, como la más eminente expresión de la cultura.

Aclaradas estas cuestiones que definen en primera intención los alcances de nuestro empeño, pasamos a desarrollar las ideas enunciadas, a través de tres tesis fundamentales. Las dos primeras tesis con una división pedagógica de un mismo problema. Por ellos las enunciaremos en forma sucesiva pero las desarrollaremos conjuntamente.

1. Primera Tesis

La filosofía es la búsqueda de la verdad, entendida ésta como superación por medio del movimiento que va a través de los diferentes sistemas filosóficos pasando de las formas simples y abstractas a las formas complejas y concretas. En este sentido la filosofía es básicamente teoría del conocimiento. Como tal, parte tanto de su propia experiencia histórica, como también, y en forma muy significativa, de la experiencia científica expresada a través de las diferentes ciencias

particulares, cuyos principios fundamentales tratan de integrar y organizar en una totalidad cognoscitiva, en una auténtica teoría del conocimiento del mundo y del hombre. Desde este último aspecto, la filosofía es también un humanismo.

2. Segunda Tesis

La historia de la filosofía es el proceso integrador de la vigencia, la continuidad y el movimiento de los principios y conceptos filosóficos expuestos en diferentes épocas y por diferentes escuelas, y es también el proceso dialéctico de relación y superación histórica de los mismos. En este sentido el ser y el objeto de la filosofía, es el mismo ser y objeto de la historia de la filosofía.

Hasta aquí el enunciado de las dos primeras tesis.

En primer lugar hay que explicar el significado que tiene el concepto de superación y que constituye el elemento fundamental en ambas tesis.

Desde el punto de vista del desarrollo dialéctico, el concepto de superación significa aproximadamente, aquello que se transforma sin destruirse, es decir, que se conserva al transformarse, o más preciso aún, que necesariamente sólo se conserva transformándose. Permítasenos presentar un sencillo ejemplo para tratar de explicar lo anterior. Los elementos fundamentales en un niño sólo se conservan en la medida en que se transforma en un hombre y los de una semilla en tanto se desarrolla en el fruto. La necesidad de la vida natural o biológica impone el desarrollo de los elementos internos que contiene un niño o una semilla, hasta que se

opera la superación del niño en hombre y de la semilla en fruto. El hombre y el fruto en ese diferente estado, conservan transformados los elementos fundamentales contenidos en el niño y en la semilla, aunque en ambos casos se ha dejado de ser niño y semilla pues se ha operado una superación. Igual ocurre en la filosofía. El desarrollo dialéctico del pensamiento filosófico es un movimiento de superación en el que las ideas fundamentales se conservan transformadas, es decir, se conservan al superarse.

Tal es el sentido que Hegel da en sus obras, de manera especial en *Historia de la Filosofía, Fenomenología del Espíritu y Lógica* al concepto de lo que en castellano se ha traducido como “superación” proveniente del verbo bipolar alemán *Aufheben*, el que, de acuerdo con lo que expresan los traductores al castellano de las obras de Hegel, significa literalmente, suprimir y conservar.

Explicado el sentido filosófico que Hegel da al término alemán *Aufheben*, traducido al castellano por algunos autores como superación, se hace mucho más inteligible el sentido de las dos tesis y del desarrollo de este trabajo que en buena parte se funda en ese concepto. Vale decir que el concepto superación se usa en el mismo sentido tanto por la dialéctica idealista como por la materialista.

Pero continuemos desarrollando las dos tesis que nos ocupan. El núcleo racional de ambas consiste en señalar a la filosofía como una teoría del conocimiento y como un proceso integrador y sistematizador de los principios de las ciencias particulares, en una totalidad

cognoscitiva. Su objetivo esencial, como está enunciado, es la búsqueda de la verdad. El sólo planteamiento de tal objetivo es abrumador y podría parecer un planteamiento muy general y aún nebuloso, si se deja únicamente en esos términos y no se precisa racionalmente o históricamente sus alcances y significado.

“La verdad no puede ser más que una superación. Todo paso en el pensamiento está precedido de otros pasos anteriores”, expresa Henry Lefebvre. He ahí que, dice el mismo autor, “ya Hegel, en su *Historia de la Filosofía* habrá comprendido cada sistema como un momento histórico inmediatamente superado, y habrá tratado de desprender los caracteres profundos del movimiento que los atraviesa para llegar a la actualidad filosófica”.

Cuando Hegel dice, no hay filosofías, sino filosofía, quiere significar que por encima de las múltiples escuelas y teorías filosóficas, la filosofía es una. Es el movimiento de superación del concepto filosófico, el cual en su recorrido da origen a diferentes sistemas. Cada sistema, en lo que de esencial tiene, corresponde a una etapa, a un momento de ese camino dialéctico que sólo puede recorrerse conteniendo transformada en el último momento a los momentos anteriores. Como agudamente apunta Ortega y Gasset “En historia toda superación implica una asimilación: hay que tragarse lo que se va a superar, llevar dentro de nosotros precisamente lo que queremos abandonar. En la vida del espíritu sólo se supera lo que se conserva como el tercer peldaño supera a los dos primeros, porque los conserva bajo sí. En cuanto estos desapareciesen, el tercer peldaño cae-

rá a no ser sino primero... Al revés que en la vida de los cuerpos, en la vida del espíritu las ideas nuevas, las ideas hijas llevan en el vientre a sus madres”.

La filosofía es el esfuerzo por explicar la naturaleza de las relaciones que unen a las cosas, o más preciso aún, el esfuerzo por explicar las cosas en tanto son relaciones. Pero también, si es el esfuerzo por explicar estas relaciones, es también antes que explicación, la formulación de preguntas sobre estas relaciones.

Cada pregunta es una pregunta parcial, y cada respuesta lo es también parcial y es a la vez el inicio de una nueva pregunta y así sucesivamente.

Ese movimiento de preguntas y respuestas, no podemos entenderlo en otra forma que no sea el movimiento dialéctico que va de lo abstracto a lo concreto, de una pregunta a una respuesta que es a la vez una nueva interrogación, pero sobre una base cualitativamente nueva de la pregunta originaria, sobre una base que contiene las verdades respondidas por el pasado histórico y exigencias de nuevas preguntas y nuevas respuestas para el presente y para el porvenir. Es la grandeza y el drama del conocimiento.

Hegel en su *Historia de la Filosofía*, en palabras de San Pablo a Ananías dice: “Mira los pies de aquellos que te llevarán, están ya ante la puerta”. Y en sus propias palabras, refiriéndose concretamente a la filosofía, en la misma obra, expresa: “Mira la filosofía por la cual la tuya será refutada y reemplazada; no permanecerá mucho tiempo, tan poco como ella ha tardado para las

otras". Interpretado en su contexto significa la definición de la verdad como movimiento y el rechazo de toda verdad concebida como totalidad acabada y estática. Significa negar que la historia de la filosofía sea descripción formal de las ideas que sustentaron y sustentan diferentes escuelas filosóficas, y también reafirmar, que por encima de esa falsa historia de la filosofía, existe otra que consiste en la actividad del pensamiento para descubrir e identificar el movimiento de los conceptos expuestos en diferentes épocas y por diferentes escuelas, pero que se encuentran interpretados en el proceso de relación y superación dialécticas.

Por debajo de todas las diferencias ciertas o aparentes, hay en el subsuelo del pensamiento filosófico el nexo que liga dinámicamente el núcleo racional que contiene cada etapa, cada edad del pensamiento humano. Es lo que permanece, lo que en sentido estricto nunca es pasado porque se vivifica en cada cambio y en cada superación. Lo demás es "polvo que barre el gran viento de la historia", para usar la expresión de Jacques D'Hondt.

El movimiento a través del cual se opera la superación del pensamiento filosófico es un movimiento dialéctico que se eleva de lo abstracto a lo concreto. Toda etapa posterior es más concreta que la anterior. Por tanto las primeras etapas son las más abstractas. Estas se van enriqueciendo conforme evolucionan y adquieren determinaciones concretas. Este movimiento lleva a la superación de las diferencias, y por ende, a la concreción y a la unidad de los contrarios. En la última filosofía están incorporados miles de años de todas las filosofías anteriores, de acuerdo al nexo y al vínculo de

naturaleza dialéctica al cual ya nos hemos referido. La ciencia de la filosofía, es la totalidad del pensamiento libre. La filosofía es la síntesis que supera aunque no destruye, lo que de verdadero tienen las filosofías. De la misma manera en la evolución del pensamiento, lo abstracto se sintetiza en lo concreto en donde se supera pero no se destruye. La negación de una filosofía puede presentarse de dos maneras: una falsa y otra verdadera. La falsa es una oposición unilateral, un descenso de una determinación dominante a una determinación subordinada. La verdadera, es la superación de sus diferencias y la unificación de sus contrarios en el todo concreto. Hegel ilustra esta tesis con un ejemplo sobre dos escuelas filosóficas: la epicúrea y la estoica. Para los epicúreos la determinación principal es el placer y el goce. Para los estoicos es el saber. En realidad esa contradicción confirma que para cada una de las escuelas aludidas hay una determinación diferente actuando como fundamental y prioritaria. Por lo tanto la oposición es unilateral, en tanto que la verdad es total. Cada una opone a la otra un aspecto de la verdad. Pero cada uno de esos conceptos se encuentran en diferentes planos, por lo que en verdad uno de ellos no destruye al otro pues no se encuentran frente a frente. La una resalta al hombre como ser sensible, la otra en cambio, lo destaca como ser pensante. Pero la verdad no es ni solamente el ser sensible ni solamente el ser pensante sino la unidad de ambos. Por ello, en ese caso, realmente no existe negación esencial de una determinación por otra, sino más bien, negación de la ubicación o situación de las respectivas determinaciones en lo que a preponderancia o subordinación de una con respecto a la otra se refiere.

La verdadera refutación se da en la medida en que ambos se unifican dialécticamente en una síntesis, en un todo concreto en el cual las partes sólo tienen existencia en tanto conforman el todo o unidad concreta. Es decir, se niegan y refutan en la medida en que dejan de existir como individualidades aisladas para integrarse como parte del todo.

La vocación de conocimiento universal de la filosofía ha llevado a formular por etapas históricas una teoría del conocimiento. La aparición de la ciencia moderna ha sido fundamental para el desarrollo de la filosofía, pues hay entre ellas, un estrecho nexo intercorrente, en virtud del cual, en muchos casos, los descubrimientos científicos han reformado las concepciones filosóficas tradicionales y han servido de base para una nueva reformulación conceptual.

En otros, en cambio, las han comprobado y han dado nuevo aliento y empuje a su mejor sistematización y a su perfeccionamiento. Tal es el caso de la relación entre la física y la filosofía en lo que a la teoría del movimiento se refiere, entre la filosofía y la biología en el desarrollo de las especies y los estudios de la célula, entre las ciencias naturales en general y el esfuerzo por construir una teoría del movimiento de la naturaleza.

La historia de la filosofía en tanto se le considera como el estudio del movimiento del concepto a través de su proceso de cambio y transformación, que supera en nuevas formas, antiguas expresiones del pensamiento filosófico, es en su más recto sentido verdadera filo-

sosia. Si el objeto de la filosofía es la verdad y ésta es el movimiento que se supera y conserva en cada transformación a través de la historia, esta historia que estudia el movimiento del concepto a través de las diferentes épocas y escuelas, es auténtica filosofía en su sentido más esencial.

Al estudiar brevemente el proceso de desarrollo de la filosofía moderna veremos dinámicamente el desarrollo de la tesis que considera a la verdad como superación, y la conservación en cada cambio y transformación del pensamiento filosófico, de los principios y conceptos que son superados pero no destruidos por las posteriores filosofías. Observaremos también el propio proceso dialéctico del pensamiento filosófico que avanza de las concepciones simples y abstractas a otras más complejas y concretas.

A partir de Descartes, fundador de la filosofía y de la ciencia moderna junto con Kepler, Copérnico y Galileo, se planteará en un plano cualitativamente nuevo la antigua y fundamental disputa entre el idealismo y el materialismo. La duda cartesiana erige como verdad primaria al pensamiento. Al dudar metódicamente de las verdades absolutas de la metafísica tradicional y del supuesto conocimiento empírico derivado de la intuición sensible, resulta claro que una cosa es cierta: la existencia de la duda, que es la existencia del pensamiento. El pensamiento es pues el primero y único dato cierto comprobable en el universo. Todo lo demás está en duda, menos la duda misma. Si dudo pienso, si pienso soy (o existo). El ser y el existir coinciden. El pienso luego soy es el único momento de coincidencia ontoló-

gica entre la vida y la realidad. En ese único caso el pensamiento no es una imagen representativa de la realidad sino la realidad misma. A partir de ese momento la realidad de la existencia y de la vida objetiva del ser se comprueba por la acción de pensar en vez de que el pensamiento se produzca como consecuencia y como una representación de la realidad objetiva.

En Descartes pensamiento y existencia se dan coetáneamente. La identidad ontológica demuestra que en el momento inicial sólo podemos probar que existimos si pensamos, pero demuestra también que sólo podemos pensar si existimos. Dicho en otras palabras, no puede haber pensamiento sin existencia.

Descartes inaugura la filosofía y la ciencia modernas reconociendo al pensamiento como dato universal. Este principio cartesiano aparece en el método dialéctico, primero en Hegel y posteriormente en Marx. La teoría del conocimiento científico fundada en la lógica dialéctica tiene como núcleo racional el principio de elevarse de lo abstracto a lo concreto.

En general la base cartesiana sobre la que se erige la ciencia moderna, es la duda metódica, en virtud de la cual no debe aceptarse como verdadero lo que no está comprobado. Ni los valores absolutos de la metafísica tradicional, ni los supuestos datos empíricos obtenidos por la intuición sensible. Lo único realmente comprobado es la existencia coetánea del pensamiento por la duda y la propia existencia del sujeto por la del pensamiento. Lo demás está por comprobarse, para ello la ciencia dispone del método, el mismo por me-

dio del cual, Descartes obtuvo la comprobación de la existencia del pensamiento y del Yo en coincidencia ontológica.

Con aportes cualitativamente nuevos, aparecerá más tarde la nueva filosofía especulativa y el idealismo moderno. Kant, su creador, acepta la existencia de un mundo objetivo, pero niega la posibilidad de conocerlo. En lo que ha sido denominado la Revolución Copernicana de la Filosofía, Kant proclama que el objeto gira alrededor del sujeto. Juzgo que esta afirmación de Kant fue hecha desde un punto de vista metodológico y de la teoría del conocimiento (gnoseología) y no desde un punto de vista esencial o de la teoría del ser (ontología). Pues los objetos sólo se relacionan con el sujeto en la medida en que pueden ser conocidos, es decir, como fenómenos que capta la razón y la conciencia por medio de la intuición sensible. Esta es la cosa en mí, lo que yo capto del mundo real. Pero eso que mi razón y mi conciencia conocen (la cosa en mí, el fenómeno), no corresponde a la realidad objetiva, a la cosa en sí: el *noúmeno*. Como los sentidos son imperfectos, a tal extremo que la mayoría de los sonidos, de la luz y de los olores, no son captados por los órganos de la vista, del oído y del olfato, y lo que captan tales órganos lo captan distorsionados por la propia imperfección orgánica, resulta claro que el conocimiento que adquiera nuestra razón sobre el mundo no corresponde a lo que el mundo es en sí. Por tanto el mundo que nuestra razón conoce a través de los sentidos es un mundo diferente al mundo objetivo. De ahí que Kant afirma que el mundo que conocemos es creado por la razón.

Es este su apriorismo metodológico que se basa en el principio que el pensamiento sólo puede conocer lo que él construye. El mundo que conocemos es racional, aunque existe un mundo real incognoscible.

De su Revolución copernicana y de su humanismo filosófico que son parte sustancial de la *Crítica de Razón Pura* y de la *Crítica de la Razón Práctica*, Kant hace derivar el dualismo sujeto-objeto y el escepticismo del conocimiento. El sujeto nunca podrá apropiarse del objeto en esencia a través del conocimiento, a lo sumo llegará a conocer su apariencia. Sin embargo esta apariencia del mundo real, es decir aquella parte de la realidad objetiva que es susceptible de ser captada por la intuición sensible, no es cognoscible sino en tanto que es también esencialmente construida por la razón. El conocimiento Kantiano no capta únicamente esa parte fenoménica y aparente del mundo real, sino que construye ese mundo. El mundo objetivo perceptible para el sujeto, sólo adquiere un orden y una coherencia lógica cuando es integrado, es decir, cuando es construido por la razón. En Kant, conocer es construir. De ahí que la razón sólo conoce lo que ella construye, pues es imposible conocer el mundo objetivo, su orden y su sentido, tal como él es en sí. La razón, pues, no sólo capta la parte perceptible del mundo exterior, sino que para captarla la construye al integrarla en un orden determinado que es estrictamente racional. Queda, más allá de la intuición sensible y de los horizontes racionales, un mundo exterior que no se sabe ni se sabrá como es porque la razón no puede ordenarlo, que equivale a decir no puede construirlo. Es el caos y la bruma impenetrable por la luz del entendi-

miento. ¡Profunda paradoja la de Kant! Pues al mismo tiempo que introduce los elementos de una revolución científica y filosófica, estableciendo por primera vez por medio de la imaginación trascendental, un vínculo entre la sensibilidad y el conocimiento, niega la posibilidad de que a través de ese vínculo y de esa relación se llegue al conocimiento. Kant ve el camino de la ciencia y lo proclama pero se niega a recorrerlo.

La filosofía idealista del siglo XIX será, entre otras cosas, un esfuerzo escalonado y graduado cualitativamente para desarrollar y perfeccionar la Revolución Copernicana de la filosofía, y, sobre todo, para superar su profunda contradicción: el escepticismo del conocimiento y su consecuencia necesaria, el dualismo sujeto-objeto. Fichte, Schelling y Hegel procurarán profundizar su método y superar el dualismo en la unidad dialéctica de los contrarios. Fichte y su radicalismo filosófico se funda en un monismo de la libertad, en un monismo entre el hecho histórico y la idea, entre la Revolución Francesa y el principio kantiano de la autonomía.

Como problema teórico se le presenta el hacer ingresar la Revolución Francesa en la realidad de la vida alemana. Para Fichte la transformación radical no es, sin embargo, de carácter político-social, sino más bien es una transformación interior del hombre como la concibe Goethe en *Fausto* y Schiller en *Los Bandidos*.

El principio fundamental de la filosofía de Fichte es el Yo individual. Renuncia pues a la cosa en sí y a toda influencia empírica externa.

El mérito principal de Fichte es establecer un principio único y supremo en el que se funda la filosofía. El fundamento de su sistema es la intuición intelectual, entendida ésta como una forma de conocimiento en virtud de la cual se elimina toda diferencia u oposición creadora y el producto de ellos. La naturaleza es un proceso inconsciente del Yo. El monismo que Fichte opone al dualismo sujeto-objeto kantiano, es al precio de retomar en algún sentido el idealismo tradicional que hace depender la existencia de la naturaleza del pensamiento del sujeto. Estamos ahora ante el *idealismo subjetivo*.

Frente a Fichte que anula a la naturaleza y la subordina al Yo individual, surge Schelling que reivindica a la naturaleza frente al sujeto y propone una filosofía de la naturaleza. Para Schelling la naturaleza no es un objeto vacío e inerte sino que tiene una significación para sí misma. Por otra parte, el Yo absoluto de Schelling sustituye al Yo particular de Fichte y de la substancia de Spinoza, en una nueva filosofía: *el idealismo objetivo*.

La filosofía de Schelling aportó valiosos principios a las ciencias naturales y el desarrollo de éstas fortalecieron al idealismo objetivo, en la medida en que se incorporaron a él sus avances y se comprobó que la naturaleza es una totalidad en movimiento y no el objeto muerto y vacío que consideraba Fichte.

Hegel es por muchas razones la figura cumbre del pensamiento filosófico idealista. El método dialéctico en Hegel es el paso de lo abstracto a lo concreto. Este paso se realiza por el conocimiento del espíritu el que al materializarse y objetivarse da origen a la naturaleza

y al mundo histórico. Es el método, ley del desarrollo, del ser y del movimiento del concepto. El conocimiento científico que se obtiene a través de la dialéctica es la integración en una unidad de la conciencia y la materia. Esto produce la superación del dualismo y fortalece la teoría del conocimiento científico. No existen para Hegel una separación entre la naturaleza y el sujeto y tampoco entre la esencia y la apariencia de las cosas. La esencia y la apariencia lo mismo que el pensamiento del sujeto son grados del movimiento. La verdad y la esencia del universo es el movimiento. La teoría del conocimiento dialéctico se realiza a través de la tesis (afirmación), antítesis (negación) y síntesis (negación de la negación) y por virtud de su fuerza motriz que es el principio de la contradicción (unidad de los contrarios).

Roger Garaudy en su *Estudio sobre Hegel* señala al pensamiento idealista (Kant, Fichte y Schelling), a las ciencias naturales, y a la Revolución Francesa, en los orígenes del método dialéctico de Hegel.

La primera fuente, que parte de la filosofía de sus predecesores, le permite desarrollar su pensamiento hacia la conquista de la subjetividad y la interioridad del espíritu, en busca de la liberación total del hombre de toda esclavitud y de toda alienación. La Reforma Luteterana, que significa para Hegel la interioridad absoluta y la autonomía del espíritu, el concepto de sustancia de Spinoza que capta la unidad del pensamiento y del ser, y la tesis del fenómeno originario de Goethe, que parte de la existencia de formas fundamentales capaces de producir por metamorfosis todas las demás formas, completan las fuentes originarias de la dialéctica.

El desarrollo de las ciencias, le permitió conocer mejor a la naturaleza y se comprobó su dinamismo y complejidad. Nuevos elementos han determinado el desarrollo de todas las ciencias y han contribuido a la formulación del pensamiento dialéctico. La naturaleza ya no se concibe sin movimiento, como lo pensó Fichte, sino como un organismo viviente complejo y esencialmente dinámico. El movimiento es una condición sustancial de la materia y por lo tanto inseparable de ella. El universo en todas sus manifestaciones está integrado en la totalidad orgánica. Nada está aislado en el mundo, dirá Lessing.

La tercera fuente en la formación de método dialéctico de Hegel, la constituyen las condiciones históricas y políticas de su época.

La Revolución que en Inglaterra y Francia se dio en la realidad y en la historia, en Alemania se dio únicamente en la filosofía.

El sistema filosófico de Hegel que deviene la justificación del nuevo orden no va en el plano del derecho divino, sino en el racional e histórico. La nueva sociedad deviene la culminación racional de la historia. Es el momento de la filosofía especulativa que sustituye a la teología dogmática del viejo sistema. Con el Estado Napoleónico la historia ha llegado a su final. En él se superan las contradicciones de la sociedad civil y a partir de ese momento todo "lo real es racional y todo lo racional es real". Es la síntesis perfecta, el final de la historia, el saber absoluto. Las contradicciones de la nueva sociedad no fueron perceptibles para Hegel, pese a su genio.

Es la limitación que el propio tiempo y circunstancias impone al hombre. Aún cuando expresa que el dominio del hombre sobre la naturaleza en una sociedad dividida en clases, se transforma en una dominación progresiva del hombre por el hombre, la alternativa que adopta es la de explicar y justificar esa situación. Para quien es testigo del triunfo del nuevo orden por sobre los vicios de la antigua sociedad, es difícil sustraerse a la atmósfera de la victoria, del optimismo y de la esperanza. Las contradicciones de la sociedad civil, tales como la explotación del hombre por el hombre son inevitables a ese nivel, y sólo se superan en el Estado. Ese mismo carácter inevitable de las contradicciones de la sociedad civil fueron considerados también por pensadores como Balzac en la *Comedia Humana* y *Las Ilusiones Perdidas* y Goethe en su *Wilhelm meister* el que en base a una dudosa sabiduría que condenó la rebelión de Kart Moor de Schiller, proclamaba: “no se trata de cambiar al mundo sino de comprenderlo y adaptarse a él”. Contra eso, otro pensador poco después sentenciaría: “los filósofos no han hecho más que interpretar al mundo; ahora se trata de transformarlo”.

Al contrario de Sócrates que presencia el derrumbe de un mundo y de Descartes que crea otro, la Edad Moderna, Hegel es el vértice de dos mundos: el mundo sociopolítico definido por la ascensión de la burguesía al poder, y el mundo de la filosofía signado por la superación de todo el idealismo anterior en virtud del método dialéctico. Esta superación incluye a la superación de la filosofía de Descartes y de Kant y también al idealismo objetivo que el mismo enriqueció junto a Schelling, su fundador. Pero estos dos mundos,

el sociopolítico y el filosófico, no se encuentran aislados, sino profundamente ligados, al extremo que la situación histórica del primero, limitó la superación del sistema en el segundo que era la ruta hacia donde apuntaba el método dialéctico. A raíz de esto se da en Hegel una contradicción entre el sistema filosófico y el método dialéctico. Mientras el método consagra el movimiento del espíritu como la verdad universal y la totalidad histórica, planteando consecuentemente la necesidad de los cambios constantes en la historia, el sistema confirma a la sociedad burguesa, en ese momento en camino hacia su plenitud, como la forma definitiva de la sociedad humana.

Cuando decimos que Hegel es el vértice de dos mundos, queremos significar el mundo filosófico de Alemania de la primera parte del siglo XIX, y también el hecho de representar Hegel la culminación del idealismo alemán que se construye a través de Kant, Fichte y Schelling. Y a la vez, el origen de las más actuales y contradictorias tendencias del pensamiento filosófico. Todos los caminos vienen de Hegel. Entre los que se adhieren al sistema, dice Garaudy, unos lo adoptan como ideología justificadora del orden existente. Estos toman el sistema como justificación ideológica del Estado. Es el pangermanismo y el fascismo totalitario. Otros retienen su concepción teológica, lo que Kojève denomina el antropoteísmo de Hegel. Es decir, la concepción de Dios, del hombre y del mundo. Forman este grupo, teólogos protestantes y católicos.

También están los que rechazan el sistema y adoptan el método. De éstos, unos acogen el principio de contra-

dicción dialéctica y rechazan la conciliación en el pensamiento que Hegel propone, y rechazan también cualquier otra forma de superación de dicha contradicción. Atrapado el ser humano por las contradicciones y sin posibilidad de superación de las mismas, consagra en esa posibilidad el sentimiento trágico de la vida con carácter insuperable. De ahí derivan las principales interpretaciones de la filosofía existencialista. Otros, adoptan el método y rechazan la idea de Hegel de que la contradicción se resuelve en el pensamiento. Estos últimos aceptan la contradicción como esencial al movimiento, pero no limitan su génesis, desarrollo y alcances, a la génesis, desarrollo y alcances de las ideas anteriores, sino que se refieren a las contradicciones que operan en el mundo real. De ahí resulta que si las contradicciones están en el mundo real e histórico y no en la idea abstracta, la superación de las mismas no puede venir por la recomendación de la idea y la realidad, sino solamente por la transformación y el cambio de las condiciones materiales que han engendrado tales contradicciones. Esto opera una nueva teoría del conocimiento: el materialismo dialéctico. Es la revolución teórica de Marx, para usar la expresión de Louis Althusser. Pero este aporte sustancial a la teoría del conocimiento no queda limitado a lo que aquí se ha enunciado, sino que tiene raíces más profundas.

Para Althusser la diferencia fundamental entre Hegel y Marx no está en la famosa inversión hecha por este último de la dialéctica del primero, sino en la naturaleza completamente diferente de los conceptos “abstracto” y “concreto” en ambos pensadores.

Dicho en otras palabras, la transformación cualitativa que Marx opera en la filosofía y en la ciencia, no consiste en invertir mecánicamente el método de Hegel, en forma tal que si en Hegel el movimiento parte del espíritu hasta llegar a la materia, a la naturaleza, y a la sociedad por medio de su “objetivación”, en Marx, por el contrario, parte de la naturaleza, de la materia y de la sociedad para llegar al espíritu y a la conciencia como simple reflejo del movimiento de la materia y de la naturaleza. El razonamiento, como enunciamos, es más profundo y parte de los conceptos de abstracto y concreto.

Lo abstracto en Hegel es el espíritu; lo concreto es el espíritu objetivado a través del movimiento en la forma de materia, naturaleza e historia. De ahí que el movimiento dialéctico que va del espíritu a la materia tiene siempre la misma naturaleza. Espíritu y materia, abstracto y concreto, tienen diferencias de grado pero no de calidad, es decir, tienen la misma naturaleza. En cambio, para Marx todo objeto, material o social presenta siempre ante el sujeto que trata de conocerlo, dos características: una aparente en la que el objeto está envuelto, llamado por Marx, ideología, que produce para el conocimiento, el objeto abstracto, y otro real, que es el objeto en su movimiento dialéctico interno, con todas sus determinaciones y como unidad de sus diferencias. Es el objeto concreto que corresponde al conocimiento científico.

Entre lo abstracto y lo concreto existe pues una diferencia esencial y no una identidad de naturaleza

como en Hegel. La diferencia entre lo abstracto y lo concreto es la misma que hay entre el conocimiento ideológico y el conocimiento científico. Otra diferencia esencial entre Marx y Hegel, es que para Marx el método dialéctico es un procedimiento científico del pensamiento para llegar al conocimiento verdadero del universo. Para Hegel, en cambio, el método dialéctico es el procedimiento a través del cual el pensamiento crea al mundo. Para Hegel el mundo es creado por el pensamiento que se mueve en sentido dialéctico: para Marx el mundo tiene su propia existencia y su propia dialéctica, por lo que la lógica dialéctica es un método cognoscitivo que permite llegar a conocer científicamente al mundo.

El método dialéctico en Marx consiste en elevarse de lo abstracto a lo concreto, ya vimos la diferencia de estos conceptos en relación al sentido que les da Hegel. El pensamiento en el proceso científico sigue el mismo camino que la vida material, natural e histórica. Ambas se mueven de las formas más simples y abstractas a las formas complejas y concretas.

Sin embargo este desarrollo dialéctico en el mundo real y en el pensamiento no es paralelo. El primer contacto entre el sujeto y el objeto se da a través de la intuición sensible. El objeto que se percibe puede ser concreto, pero la primera categoría que forma en el pensamiento es siempre abstracta. Se trata de confrontar la categoría inicial de pensamiento abstracto producida por la intuición sensible, con la realidad concreta que la produce. Luego se trata de transformar a través del método científico ese primer conocimiento aproxi-

mado simple y abstracto, en un conocimiento complejo, concreto y científico. Este método, dirá Marx: "Sólo es para el pensamiento la manera de apropiarse de lo concreto, de reproducirlo bajo la forma de pensamiento concreto". El paso de lo abstracto a lo concreto, es la transformación por el pensamiento de los hechos empíricos aceptados por la intuición en forma abstracta, en conceptos concretos. A través de la lógica dialéctica se obtiene el conocimiento de la realidad concreta por el pensamiento, más no así la creación de esa realidad por el pensamiento, como supone Hegel. He ahí la profunda diferencia.

Del análisis de la filosofía moderna resulta que la verdad, como la entiende Lefebvre y como la hemos enunciado en las dos primeras tesis, se encuentra en el proceso de superación dialéctica. Su trayectoria se percibe en la duda metódica y los conceptos originarios del paso de lo simple a lo complejo (Descartes); en la Revolución Copernicana que hace girar el objeto alrededor del sujeto y el humanismo filosófico que hace del hombre el centro de la vida (Kant), en la teoría del conocimiento que da un paso en relación al escepticismo cognoscitivo y al dualismo Kantiano, en base a la reafirmación del Yo individual (Fichte); en la reivindicación de la naturaleza como una totalidad viva y en movimiento y en la aparición del Yo universal (Schelling); en la interpretación el mundo a través del movimiento del espíritu y en la elaboración y desarrollo dialéctico y la teoría del movimiento (Hegel); y, en la nueva teoría del movimiento en base al movimiento de la materia, de la sociedad y de la historia, en un proceso que va de lo abstracto a lo concreto (Marx).

En términos generales hay una secuencia de graduaciones cualitativas que van del discurso del método que supera el pensamiento metafísico anterior e inicia el pensamiento científico y la prima filosofía de una nueva metafísica, a la razón totalizadora del racionalismo post-cartesiano y del apriorismo metodológico Kantiano que establece que sólo es cognoscible lo que el pensamiento construye. Frente al racionalismo que niega la existencia de un orden interno en el mundo físico y que sustituye la existencia del mundo real y del hombre histórico por el mundo racional en el que la razón establece el orden de las cosas, aparece el idealismo dialéctico y la razón histórica de Hegel, que supera al racionalismo anterior, al idealismo subjetivo de Fichte y al idealismo objetivo de Schelling. Antes de la aparición de la razón histórica de Hegel, se dio también frente al racionalismo post-cartesiano, el humanismo naturalista de Rousseau, de influencia significativa también en Hegel, en la medida que significó el supuesto racional que hace pasar al hombre de la naturaleza a la historia.

Primero la razón en Descartes, contra el viejo pensamiento metafísico, inaugura la ciencia moderna. Después el racionalismo que impone la razón contra la historia. Luego el humanismo naturalista que reivindica la historicidad del hombre frente a la razón y la naturaleza. De ahí la razón histórica y la historia de la razón que opera la reconciliación en la dialéctica del espíritu, hasta llegar al materialismo dialéctico que instaura las leyes del movimiento permanente de la materia.

Lo anterior no significa negar la diferencia que existe entre las escuelas filosóficas, sino afirmar que pese a diferencias irreductibles, como la que hay entre idealismo y materialismo, hay también relaciones entre sus núcleos racionales en la medida en que son etapas de un mismo movimiento que vincula dialécticamente a las concepciones filosóficas más opuestas. En el caso que hemos estudiado, hay verdades fundamentales que sobreviven a las diferencias también fundamentales de las escuelas y sistemas filosóficos. La teoría del movimiento es una verdad fundamental que está presente, tanto en la filosofía idealista alemana, como en el materialismo dialéctico, aunque el sentido y la naturaleza en ambos se expresen en forma diferente. El proceso cognoscitivo que va de lo abstracto a lo concreto, se encuentra enunciado ya en Descartes en el paso de lo simple a lo complejo, desarrollado a plenitud en Hegel, y reformulado cualitativamente en Marx al superar dialécticamente los conceptos de abstracto y concreto.

En ese movimiento dialéctico al que nos hemos referido está mucho más ligados la dialéctica idealista de Hegel y el materialismo dialéctico de Marx, que este último con el materialismo francés o la filosofía materialista de Feuerbach.

Todavía en Feuerbach y los materialistas franceses, el movimiento es exterior a las cosas. Es Hegel quien desarrollará la tesis del movimiento interno contraponiendo así la dialéctica a la mecánica.

Más alejados aún de esta línea de movimiento, están el empirismo, el positivismo y el utilitarismo.

El positivismo en sus diferentes formas toma las cosas como se presentan a la intuición sensible y sobre esa base ordena, clasifica y jerarquiza. El conocimiento positivo se forma de considerar las cosas del mundo tal como se presentan como datos concretos cognoscibles únicamente en la forma que se presentan. Para el pensamiento dialéctico, por el contrario, los datos empíricos que recoge la intuición sensible y la percepción, son recogidos siempre en una primera instancia, como datos abstractos. Su proceso entonces se encamina al conocimiento de las cosas en su unidad interna, tratando de alcanzar lo concreto, a partir de la primera categoría abstracta que proporcionan la intuición sensible. Por ello para el pensamiento dialéctico todo ordenamiento de los datos empíricos recogidos por la intuición sensible es falsa, por cuanto se hace aparecer como concreto lo que no es más que una clasificación externa y mecánica del conocimiento abstracto. La dialéctica en cambio pretende alcanzar el conocimiento, no de los lazos que unen externamente a las cosas, sino la ligazón interna de éstas, su movimiento propio producido por la unidad de los contrarios y el principio de contradicción. Esta diferencia es fundamental desde el punto de vista metodológico. Desde el punto de vista histórico la característica quizás más significativa que asume el positivismo es su sentido utilitarista. La importancia del saber está en relación con la utilidad de la acción. Esta fue la filosofía de la burguesía triunfante, el pensamiento fundamental de su teórico principal, Augusto Comte, y sigue siendo en parte muy significa-

tiva el catecismo moral de no pocas sociedades industrializadas de nuestros días.

Desde otro punto de vista el desarrollo más importante del positivismo en la actualidad la encontramos en la filosofía y en la matemática de Russell y Whitehead.

3. Tercera Tesis

El desarrollo de la filosofía está estrechamente interrelacionado al grado de desarrollo histórico y científico. La filosofía ha respondido a su tiempo histórico. En nuestro tiempo es también una interpretación y un intento de reformulación del mundo actual. De un mundo en que se lucha por la hegemonía del poder económico, político, social, nuclear y tecnológico y de otro mundo orillado que vive al margen de la historia, como espectador de un destino que debería ser común a todos. La búsqueda del poder y del bienestar está sustentada en la ética del positivismo y del utilitarismo a ultranza, en el dogmatismo que reduce al hombre, en su condición de protagonista de la historia al de mero instrumento atrapado en manos del destino. El subdesarrollo plantea por su parte problemas de supervivencia humana de limitación de recursos técnicos y materiales para hacer propias las reservas naturales y de limitaciones estructurales engendradas por la dependencia interna y externa y por la división internacional del trabajo.

¿Qué papel le corresponde a la filosofía frente a ese mundo tan desigual y convulso? Está llamada, sin duda alguna, a ser un importante instrumento de interpretación de las contradicciones y de reformulación crítica de esa realidad. Es decir, de conocimiento y transfor-

mación. Está llamada también a ser uno de los esfuerzos más significativos para articular un humanismo de nuestro tiempo. Desde esa perspectiva se aprecia particularmente en Europa, dos direcciones principales hacia donde se mueve la filosofía actual. Los estudios de los materialistas dialécticos alcanzan gran vigor y están llevando a la teoría del conocimiento a su más alto desarrollo. Tales estudios especializados que sobre la dialéctica de lo abstracto y lo concreto realizan filósofos como Della Volpe, Ilienkov, Althusser, Kosik, Rossi, Lefebvre, Garaudy, para mencionar a algunos de los más importantes. Sus estudios han profundizado y a la vez proporcionado nuevas perspectivas a la *Fenomenología del Espíritu* y *Lógica* de Hegel, y a la introducción a la *Contribución a la Crítica de la Economía Política* y *El Capital* de Marx. De particular importancia para estos estudios han sido los *Cuadernos Filosóficos* de Lenín, basados en los comentarios de este último sobre la lectura de la *Lógica* de Hegel.

Con más énfasis respecto al humanismo y a la teoría del ser que respecto al método científico y a la teoría del conocimiento, el humanismo existencialista en sus diferentes expresiones Kierkegaard, Sartre, Camus, Kójeve, Heidegger entre otros; el humanismo cristiano de Maritain; la fenomenología de Husserl; el raciovitalismo de Ortega y Gasset; y el humanismo real. Este último basa su concepción humanista en los *Manuscritos Económicos y Filosóficos* de 1844 de Marx, y específicamente en la teoría del trabajo enajenado. La tesis, fundamental que encierran estos Manuscritos, se basa en la afirmación de que la transformación de la estructura productiva, es con el propósito de hacer del trabajo ena-

jenado un trabajo libre. La esencia del hombre es el trabajo libre y su recuperación es un humanismo. En este sentido se orienta de un lado, una de las más destacadas corrientes del psicoanálisis post-freudiano, encabezada por Erich Fromm y de otro, importantes filósofos como Lucien Goldmann, Hebert Marcuse, Humberto Cerroni, Adam Schaf, Maximilien Rubel, Ernest Bloch y otros.

Son éstas a mi juicio dos de las más importantes características de la filosofía frente al mundo de hoy. Puede señalarse con toda propiedad que faltan filósofos y escuelas. Esto es cierto, pero también lo es que no se ha pretendido presentar un cuadro descriptivo, ni un inventario de filósofos y filosofías, sino más bien la línea de pensamiento a través de la cual se ha respondido y se responde hoy en día, a las principales interrogantes del ser y del conocer ubicados ambos en el ámbito de la historia.

Sí creo importante consignar al menos, la extraordinaria influencia ejercida en el pensamiento contemporáneo por el más grande matemático y filósofo empirista del siglo XX: Bertrand Russell.

¿En qué medida América Latina ha participado o está participando, a través de la filosofía, en el enfoque e interpretación de este mundo contradictorio y desigual? Nos atreveríamos a responder que en grado ínfimo, o quizás no está participando en forma alguna. Tal vez se deba al hecho de los problemas apremiantes que exigen atención inmediata. Problemas de naturaleza económica y social que reclaman con urgencia una solución. Y aunque entre el problema de naturaleza económica y

social y los de naturaleza filosófica no se plantean situaciones excluyentes, sino absolutamente relacionados a través de mediaciones y de grados, se llega a considerar muy lejana y a veces irreal y utópica, la preocupación por un humanismo filosófico, una teoría del ser y una teoría del conocimiento universal, porque distrae la atención de los asuntos dramáticos de supervivencia e independencia que se suceden en forma cotidiana. Esto en alguna medida, pienso, ha limitado la aparición y consolidación de la filosofía en la región y, posiblemente, la situación de dependencia y subdesarrollo, como ya lo han señalado otras personas, continúa gravitando negativamente en ese sentido y en muchos otros.

Con acento un tanto pesimista Hegel había profetizado: “El búho de Minerva sólo alza el vuelo a la caída de la noche”. Con ello el gran filósofo alemán quiso señalar que la filosofía sólo es posible después de la madurez histórica, en el ocaso que anuncia la caída de la noche sobre la vida institucional, política y económica. Por eso el despertar de la filosofía es como el del búho, en la sombra de las noches tensas de historia. Para Hegel el símbolo histórico y doloroso del alumbramiento de la filosofía es Sócrates, trágico y excepcional testigo del derrumbe de la Ciudad Antigua, quien en un gesto de dramática solidaridad suma su propia muerte a la muerte de su mundo.

Sin embargo esa tesis de Hegel sólo es válida en el caso de la filosofía socrática y en la que inmediatamente le sucedió. En el mismo caso de la filosofía idealista alemana del siglo XIX, de la cual el propio Hegel es su protagonista más destacado, ésta surge y se desarrolla a

plenitud sin que antes se hubiera agotado la vida pública, política y económica. El desarrollo político, económico y social de Alemania estaba muy por debajo de su desarrollo filosófico. En cierta medida, Hegel, el filósofo, y los poetas Goethe, Schiller y Hölderlin, elaboraron en sus escritos de juventud la filosofía que debía alojar al nuevo estado y a la nueva sociedad alemana, pero que en la práctica emergió en Francia con la Revolución de 1789. Los escritos de Hegel y Goethe, la poesía de Schiller y los Himnos Revolucionarios de Hölderlin saludaron en la Revolución Francesa el espíritu perdido de la Grecia Antigua, aunque bien pronto habrían de comprender que la recuperación del ideal helénico era un sueño y una ilusión que sería desmentida por las leyes inexorables de la historia.

Ese ejemplo de Hegel, desmentido en algunos casos por la propia historia, contiene sin embargo ciertos rasgos significativos en lo que dice al nacimiento de la filosofía y su relación con el grado de desarrollo histórico y científico de una sociedad determinada.

Si bien es cierto que el empeño filosófico en América Latina no es uno de sus rasgos culturales, también lo es que instrumentos de conocimiento derivado del método filosófico dialéctico han sido incorporados a la sociología y a la economía, concretamente en el análisis del tejido de relaciones que conforman la dependencia y el subdesarrollo.

En estas instancias del conocimiento, con su propia metodología, pero fundadas básicamente en los principios articulados por la filosofía dialéctica, se analiza el

problema actualmente más importante desde nuestra perspectiva histórica.

En este sentido las ciencias particulares para tratar objetos concretos, se sirven de conceptos universales formulados por la teoría del conocimiento de la filosofía dialéctica. Esta presencia mediada de la filosofía a través de ciencias particulares en el panorama latinoamericano, no legitima la presencia del pensamiento filosófico en la región. La actividad cultural y teórica en América Latina, destacada en importantes instancias de la actividad intelectual (narrativa, poética) e inclusive en cierto grado científica (casi exclusivamente ciencias sociales: sociología, economía, historia), no toca, como expresión cultural significativa, el campo de la filosofía. Lo anterior sin perjuicio de trabajos aislados, cualquiera sea el valor individual que ellos tengan. Lo cierto es que América Latina no se caracteriza por un pensamiento crítico y filosófico, ni por los aportes a una teoría del ser (ontología), del conocimiento (gnoseología), de los valores (axiología), o a cualquiera de las instancias fundamentales de la filosofía. Por otra parte los estudios oficiales a nivel superior y las inclinaciones de los intelectuales latinoamericanos, no se orientan precisamente al terreno de la filosofía. Quizás porque la exigencia más urgente de nuestro momento, no requiere en forma inmediata a la filosofía, con el dramatismo que se exige a otras instancias del conocimiento la solución de nuestros problemas más próximos. La filosofía surgirá en América Latina como expresión histórica dominante, cuando se

superen estadios específicos de nuestro desarrollo cultural, lo cual conlleva a la vez la superación de nuestra situación histórica estructural y el desarrollo de un pensamiento crítico.

No pensamos mecánicamente que para que afloren determinadas expresiones de la cultura deben solventarse de previo las contradicciones a nivel mundial, regional y nacional comenzando por resolverse en orden, primero los problemas económicos, luego los sociales, después los culturales, etc. para que hasta en ese momento surja en su horizonte despejado la filosofía. Pero tampoco creemos que baste la buena intención para que su aparición ocurra. Ni “círculo vicioso” ni “círculo virtuoso”. Creo que si nuestras situaciones históricas van exigiendo sistemáticamente su conceptualización, la actitud filosófica frente a los problemas se hará presente aún y cuando persistan las demás características estructurales. Esto requerirá también un reordenamiento sustancial en la educación y en los valores de la cultura, de la ciencia y de la técnica. No basta que se desee o que se suponga necesaria o conveniente la presencia de la filosofía para que esta surja. Tampoco basta que se reordenen los mecanismos educativos a nivel regional para que eso se produzca. La filosofía no puede generarse ni artificialmente ni por generación espontánea. Serán las condiciones históricas las que exigirán su presencia y es en ese caso cuando tiene importancia la reorientación de nuestros valores culturales y de nuestros mecanismos educativos para responder a las demandas de la historia.